

## “El compadre culo quemado” y otras narraciones orales de Oaxaca

Las narraciones orales que a continuación se transcriben fueron grabadas en diciembre de 2012 en Buenavista de la Santa Cruz, poblado que pertenece al Distrito de Ocotlán de Morelos, ubicado a 50 kilómetros al sur de la capital oaxaqueña. Los informantes fueron el señor René Osorio Arrazola, de 65 años, e Isabel Canseco Márquez, de 63 años, un matrimonio que se dedica a la agricultura de temporal y la ganadería, actividades ambas de autoconsumo. El matrimonio sabe leer y escribir; su lengua materna es el español. Fue fácil entablar comunicación con los informantes en virtud de que se trata de los tíos de quien escribe estas líneas; más que una entrevista con carácter etnográfico o antropológico, se trató de dos reuniones familiares, que se prolongaron alrededor de cuatro horas cada una, de las seis de la tarde hasta las diez de la noche. Las charlas giraron en torno a varios temas, el clima, la tierra, la familia; la transmisión de las narraciones ocupó una hora y media aproximadamente. Ambos encuentros tuvieron lugar en la casa de mis tíos. En la primera reunión, dos horas antes de mi llegada, mis tíos asistieron a una vaca que había tenido problemas para parir; ese día lo ocupé para explicarles mi intención y sólo obtuve la narración titulada “El árbol torcido”. A petición de mis tíos, tuve que regresar a su casa al siguiente día, pues me prometieron contar más narraciones. En los encuentros me acompañaron mi madre, de 67 años, que vive también en Buenavista, y mi hermana, Antonieta Gopar, de 46 años, quien radica en el Estado de México; ambas son amas de casa.

Los informantes dieron su autorización para la grabación y para la publicación de los textos. Cabe señalar que nunca se sintieron incómodos con la presencia de la grabadora. En ocasiones, sabían versiones distintas sobre las narraciones; aquí optamos

por eliminar discusiones cuando éstas dificultan la comprensión del argumento en virtud de que mi interés es ofrecer los textos por su valor literario. Vale la pena mencionar, sin embargo, que para la comprensión de algunas situaciones, fue necesario hacer aclaraciones a pie de página sobre recursos que rebasan el ámbito verbal, tales como uso de onomatopeyas, cambios de voz para caracterizar y señalar cambio de personajes, gestos y expresiones corporales, etc. (*vid.* Ramos, 1988: 58-63). A pesar de que mi interés es de carácter filológico, se consideró pertinente no omitir las marcas de oralidad. En cambio, se omitieron ciertas participaciones del entrevistador o de los oyentes cuando no tenían relación directa con la narración, sino que más bien cumplían con una función fática, en el primer caso, o servían para desviar el hilo del argumento, en el segundo; estas omisiones se marcan con puntos suspensivos entre corchetes. También con corchetes se señalan los vacíos de información cuando la grabación es ininteligible o para señalar las aclaraciones del transcriptor. Para facilitar la comprensión del argumento, se eliminaron algunas palabras o repeticiones de los informantes por tratarse de errores evidentes, como cuando la señora Isabel dice "el conejo" y ella misma enmienda: "el coyote"; tales omisiones se marcan con puntos suspensivos entre paréntesis. El orden en que se presentan las narraciones no se corresponde con el orden en el que fueron relatadas. La transcripción trata de ser fiel a las palabras emitidas; claro que fue imposible ser objetivo en este aspecto, pues como no se trata de una transcripción fonológica, en múltiples ocasiones se enmendaron palabras que presentaban síncope (como en "quemao", que se sustituye por "quemado" o "cuidao", por "cuidado"), apócope (como en "enton", que se sustituye por "entonces") o aféresis (como en "onde", que se sustituye por "donde" o "dónde" o en "ora", por "ahora"). También se respetan las discordancias gramaticales, como en "aquel parte", pues no impiden la comprensión del argumento. Se transcribe el título de las narraciones tal como los informantes lo proporcionaban; cuando no sucede así, el título se coloca entre corchetes.

Se ofrecen ocho narraciones, en este orden: “El cuento del zopilote [y del muchacho flojo]”, “El compadre culo quemado”, “La chula fea”, “El árbol torcido”, “La señora y el joven”, “Los niños”, “El hombre y el león” y “El de los topos”. Al intentar clasificar el cuento de “El árbol torcido”, el señor René duda en llamarlo ejemplo o cuento, incluso, llega a señalar que ignora si la narración fue un hecho real o es ficción; algo parecido sucedió con “El hombre y el león”, pues se pregunta si se trata de un cuento o de un chiste. A diferencia del informante, no intentaré ofrecer una clasificación genérica sobre las narraciones en virtud de que “[...] es imposible establecer clasificaciones y jerarquías precisas, absolutas y unívocas dentro del campo dinámico y variable de la tradición oral” (Pedrosa, Rubio y Palacios, 2001: 20). Lo que sí conviene señalar es que las narraciones presentan motivos de los cuentos transmitidos de manera oral, tales como la transformación de un objeto — un peine o un espejo — en una montaña o en una laguna; la transformación de un personaje en un animal; el número tres (tres hermanos y tres gotas de sangre); la presencia de la bruja, etcétera.

El estilo de las narraciones que se transcriben a continuación presentan algunas de las características que Thompson (quien a su vez se basa en Axel Olrik) ha observado en los cuentos folklóricos<sup>1</sup> europeos: 1. los comienzos no parten de lo más importante; sólo que, a diferencia de lo señalado por el estudioso en este mismo punto, “El compadre culo quemado” y “La chula fea” sí presentan finales abruptos. 2. Hay múltiples repeticiones, pero no necesariamente son triples, como lo señala Thompson. 3. Generalmente sólo dos personajes llevan a cabo las acciones. 4. Aparecen caracteres contrastantes; en nuestras narraciones: astuto e ingenuo (en “El compadre culo quemado”, “El hombre y el león” y en “El de los topos”); bueno y malo (en “Los niños”); listo y flojo (en “El cuento del zopilote”), etc. 5. El más débil o el peor

---

<sup>1</sup> Entendido el término en su sentido amplio: “[...] todas las formas de narración en prosa, oral o escrita, las cuales han sido manejadas a través de los años”, Thompson, 1972: 26.

del grupo resulta ser el mejor; en nuestras narraciones: el zopilote frente al hombre flojo; el hombre ante el León; los niños ante la bruja. 6. La caracterización es simple; sólo se mencionan las cualidades que afectan directamente al relato, y 7. La trama es simple (Thompson, 1972: 577-578). Independientemente de su estilística o de su clasificación genérica, todas las narraciones que se ofrecen comparten un rasgo: su finalidad no es otra sino la de entretener; espero que el lector disfrute de ellas tanto como lo hicimos quienes las oímos.

EMILIANO GOPAR OSORIO  
Investigador independiente

### Bibliografía citada

- GRANADOS, Berenice, 2012. "Notas y reflexiones sobre la recopilación y el tratamiento de materiales de literatura oral". *Revista de Literaturas Populares* XII-1: 289-318.
- PEDROSA, José Manuel, Elías RUBIO MARCOS, y César Javier PALACIOS, 2001. *Héroes, santos, moros y brujas. Leyendas épicas, históricas y mágicas de la tradición oral de Burgos. Poética, comparatismo y etnotextos*. Burgos: Tentenublo.
- RAMOS, Rosa Alicia, 1988. *El cuento folklórico: una aproximación a su estudio*. Madrid: Pliegos.
- THOMPSON, Stith, 1972. *El cuento folklórico*. Trad. Angelina Lemmo. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

### El cuento del zopilote [y del muchacho flojo]

Sr. René: Fueron a pedir a la muchacha y le dijo el muchacho, le dijo [al padre]:

- Va usted a pedir a mi novia.
- Bueno.

Entonces sí; pero ese muchacho no, este, no estaba acostumbrado a estar ni parado ni sentado. Entonces, así estaba. Pero no se descartaba,<sup>2</sup> pues, qué cosa: porque no estaba ni parado ni sentado. Entonces fue el papá a pedir a su muchacha, de su hijo, ¿no?; cuando, este, le dijo a sus consuegros:

— Fíjense, le dijo, que yo vengo a pedir a su muchacha, a su hija, le dijo, para mi hijo; pero mi hijo, le dijo, ese no está acostumbrado, le dijo, a estar [...] parado ni sentado.

Pero como los [...] papá[s] de la novia no le preguntaron por qué. Entonces fue que, este... así nomás dijeron, pues: no estaba acostumbrado a estar ni parado ni sentado. Bueno, ya después se casaron y todo, ¿no? Y el hombre: puro acostado; eso era: puro acostado. Y la mujer, pues con [...] tanta emoción y todo, ¿no? Este, después llegó el tiempo que llovió y la mujer quería que unciera la yunta y todo: no [lo hacía]. La mujer uncía la yunta para que se fuera a trabajar, y apenas llegaba el muchacho al terreno a querer arar: hacía dos rayas<sup>3</sup> y se acostaba. ¡Hijo de...!, y así nomás. Llegaba a la casa y así: puro acostado. La mujer madrugaba a hacer las tortillas y eso, para que a ver de qué modo se pusiera listo. Puro acostado. Se levantaba la mujer a uncir la yunta nuevamente y... para que se fuera a trabajar: hacía dos rayas, otra vuelta, dos, tres rayas y se acostaba en el terreno.

En uno de esos, se paraba [...] un zopilote, este, este, cerca de él, ¿no?, entonces lo espantaba (el que estaba, el que no estaba acostumbrado a estar ni parado ni sentado, el que se acostaba, pues). Le pegaba al zopilote. Y así nomás [...]. Luego le dijo el muchacho [...] al zopilote:

— Tú, carajo, le dijo, tú, zopilote, le dijo, tú comes sin trabajar, le dijo; tu nomás volando te la pasas, le dijo.

Y entonces, este, y le dio Dios permiso al zopilote de hablarle, ¿no?, y le dijo el zopilote al que estaba acostado, le dijo:

— ¿Cambiamos vidas?, le dijo.

---

<sup>2</sup> No revelaba su secreto.

<sup>3</sup> Dos surcos.

¡Uuh!, y aquél, como era flojo, le gustó; dice:

— ¡Cambiamos!, dice.

Porque el zopilote miraba que la mujer del que puro se acosaba era muy lista; estaba bonita y todo, ¿no?; el zopilote dijo:

— ¡Ahhh... ahora sí... yo sí voy a trabajar!, dijo.

Por eso le dijo que si cambiaban vidas. Y dice el flojo, le dijo al zopilote:

— ¡Sí!, le dijo.

Y cambiaron vidas allí, pues. Entonces, le dijo el zopilote al flojo (entonces, el flojo se volvió zopilote), le dijo:

— Mira: vas a aquel parte, le dijo, ahí está un fandango, le dijo (fandango le dicen a una mortandad que...)

Sra. Isabel: Donde hay un animal muerto [...]. Y vienen todos los zopilotes a comer, pues [a] eso le llamaba él...

Sr. René: Un fandango. El zopilote le dijo al que era flojo (porque el que era flojo se volvió en zopilote luego). Y ahí va... Bueno, ahí va el zopilote (el que era flojo y se volvió zopilote) al fandango a donde le dijo que estaba esa mortandad. Todos los zopilotes lo desconocían, porque no era zopilote antes; todos le pegaban, lo pellizcaban y lo echaban a correr. Y entonces, este, llegaba triste a donde estaba arando aquél (el que era zopilote). Después [...]:

— ¡Ahh, dijo, yo sí me voy a poner muy listo!, dice.

Cuando llega la mujer, a dejarle el almuerzo, tenía un surquerío<sup>4</sup> ya (el que era zopilote). Pero sí, la mujer: ¡qué contenta!, y, bueno. Así, al otro día volvía al terreno (el que era zopilote): ya era cristiano,<sup>5</sup> entonces, era gente; y la mujer: ¡muy contenta! Y llegaba el zopilote de vuelta (cuando, el que era zopilote, estaba almorzando con su mujer del zopilote), y el zopilote sin almorzar, pues, el que era flojo ([y] se volvió zopilote): sin almorzar; con hambre: quería que le dieran un taco y ¿cómo? Entonces las pagaba: agarraba, el que era zopilote, le pegaba al zopilote:

---

<sup>4</sup> Muchos surcos.

<sup>5</sup> Ser humano.

— ¡Anda vete, carajo, le decía, tú nomás [ríe] [...] comes sin trabajar!, le decía.

Se las pagaba, pues. Entonces, después le dijo [...] que si cambiaban vida de vuelta,<sup>6</sup> le dijo. “¡Ah!”, el otro ¡pura fregada!, qué había de querer cambiar vidas si la vida del hombre es muy chulo, pues; la vida del cristiano, ¿eh? El zopilote [...] come cuando encuentra algo [...] y cuando no, no. Al cristiano, Dios le da de comer, por eso digo. Entonces, ya [...] el que era flojo (que era zopilote) se fue a otra vuelta allá a la mortandad a querer comer; todos lo desconocían: le pegaban y le pellizcaban y todo. Al final, se murió de hambre [ríe].

Este es “El cuento del zopilote”; mi jefe<sup>7</sup> nos lo platicaba ese [...] Este es “El cuento del zopilote”.

### El compadre culo quemado

Sra. Isabel: Y dice que era el coyote... El coyote siempre andaba buscando qué comer, y una vez se encontró a un conejo y el conejo estaba, este, comiéndose una tuna. Y, este, entonces le dijo el coyote al conejo:

— ¡Ahora sí, le dijo, te voy a comer!

Le dijo:

— No me comas, le dijo, ¿que no ves qué tan ricas que están las tunas?, le dijo. ¿Por qué no, le dijo, este, aquí te sientas, le dijo, y yo me subo al tunal, dice, a cortar las tunas y tú las cachas?, le dice.

Entonces le dice el coyote:

— ¿Me das una?

— Sí, le dice, te voy a bajar la más madura, le dijo, la más rica, para que te la comas.

Que se sube el conejo y que... ya que estaba arriba, le dijo:

<sup>6</sup> De nueva cuenta.

<sup>7</sup> Padre.

— Ahora cáchalas.

Y el coyote abajo: esperando las tunas; y que agarra<sup>8</sup> [el conejo] y que le baja una tuna bien madura y que la bota, pero se la botó con todo y espinas. Entonces el coyote al agarrarla, pues la agarró, pero se espinó. Y entonces se empezó a quitar las espinas y a quitarse las espinas. En eso le dio chance al conejo de correr y se fue el conejo. Ya no se lo comió.

Dijo entonces, dice, el coyote:

— ¡Ah, dice, me las va a pagar!

Y siguió, y ahí andaba buscando al conejo y buscando al conejo. Hasta que lo ganó<sup>9</sup> encontrar, pero lo encontró debajo de una piedra, una piedra bien grandota. Y entonces le dijo:

— ¡Ahora sí ya te encontré!, le dijo, y ahora sí no te vas a escapar: te voy a comer.

Y entonces le dijo el conejo:

— No, le dijo, no... no me vayas a comer, porque, fíjate, le dijo, que se va acabar el mundo, le dijo, y Dios me puso a detener esta piedra, le dijo, porque si la suelto, le dijo, si no la detengo, le dijo, se va a caer y [...]

Entonces, le dijo:

— Mejor, le dijo, para que no nos muramos de hambre, le dice, detén tú la piedra, le dijo, y voy a buscar de comer.

Le dijo:

— ¿Pero no me vas hacer tonto otra vez?

— No, le dijo, aquí métete, le dijo, y detienes la piedra mientras que voy a buscar de comer.

— Sí, le dijo el coyote.

Y que se mete y ahí está deteniendo la piedra y se escapó el conejo y se fue [Risas]. Ya luego se fue, ¿no? Y este... cuando ya, este, después, le dijo... Se fue el coyote buscándolo, y lo buscaba y los buscaba y no lo encontraba. Hasta que lo encontró bajo de un árbol. Y entonces le dijo:

---

<sup>8</sup> *agarrar*: "para invitar al interlocutor a prepararse, como quien busca apoyo por precaución, para recibir una gran sorpresa", *DRAE*.

<sup>9</sup> Hasta que logró encontrarlo.

— ¡Ahora sí ya te encontré!, le dijo, ¡Ahora sí: no te me vas a escapar!

Entonces le dijo el conejo:

— ¡No!, le dijo, no seas ingrato; no me comas, porque, fíjate, le dijo, que ahora va a llover muy fuerte, le dijo. Mejor, le dijo, ayúdame, le dijo, y vamos a componer una casa para pasar el agua, le dijo, porque va a llover muy fuerte [risas]. [...] Entonces que agarra el coyote:

— ¡Bueno!, le dijo, ¡te voy a ayudar!

— Sí, le dijo, aquí nos vamos a escapar [del] agua, porque va a llover muy fuerte y va a caer granizo, dice.

Entonces empezaron los dos a hacer su casa, pues [...], y trajo los palos. Y que le dijo:

— Ahora, le dijo, aquí te metes, le dijo. Voy a seguir poniendo más... más ramas de palos, le dijo, para que no nos muramos, le dice, porque la granizada va estar muy fuerte.

Entonces el coyote se metió debajo [risas] [...] y el conejo y que se sube en el árbol. Y ya, dice, que ahí hacía orines, y caían los orines; y que agarró piedras. Entonces, este, le caían lo orines y le botaba piedras [ríe]. [...] ¡Esa era la granizada que iba a caer! Y entonces, este, que lo entretuvo y se pela y va: ya no se lo comió. Y se fue. Y el coyote ahí metido, hasta después:

— ¡Uuuh... pues no está lloviendo!, dice, ya paró el agua: ahora voy a salir.

Y salió. Cuando salió, pues el conejo ya no estaba: ya se había ido. Y que siguió a buscar al conejo, y ahí le siguió a buscar. Ya después [...]. Lo encontró, dice, y estaba comiendo chirimoyas. Entonces le dijo:

— Ahora sí, le dijo, ahora sí no te me escapas, le dijo, porque ya me hiciste mucho tonto.

Entonces le dijo:

— Ya varias veces me has hecho tonto y que me dejas esperándote y ya no, este... y no regresas.

Le dijo:

— No, le dijo, cómete una chirimoya: verás qué rica está, le dice.

Y le llevó una madura. Ya después se comió la madura y se comió él, también, una madura. Ya después le dice:

– Te voy a botar una chirimoya, le dice, ¡pero cáchala bien!

Que se la bota. Pues estaba verde; agarra y se le atora al coyote en el pescuezo y ahí está el coyote sacándose la chirimoya y él [el conejo] se fue: otra vez se le volvió a escapar. Y ya después se fue. Y ya dice que ahí andaba el coyote buscándolo y buscándolo y no lo hallaba, hasta que una vez, dice, lo encontró en un carrizal: encontró al conejo en un carrizal. Le dijo:

– Ahora sí, le dijo: de aquí no te me vas a escapar, le dijo, porque ahora sí ya dije que te voy a comer, y te voy a comer.

Entonces le dijo:

– ¡No!, le dijo [...], ayúdame que estoy haciendo una comida, le dijo, porque se va a bautizar mi nieto, le dijo, y va a estar muy bueno el bautizo, le dijo; pero, este, ayúdame a hacer la comida, dice.

Entonces le dijo el coyote:

– ¿De veras?

– Sí, dice, va a haber mucha comida, le dijo, porque va a ser una fiesta muy grande.

Y que le dijo:

– Ahora sí te ayudo, ¿pero ya no me vas hacer tonto?

– Sí, le dijo.

Que empiezan a ahí y dicen que le dijo el conejo:

– Ahora, le dijo, aquí me esperas, le dijo, porque voy a traer ya a mis compadres, le dijo, porque ya vienen. Cuando oigas los cuetes, le dijo, remueves más a la comida, le dijo, porque ya venimos.

Y que se sale el conejo [ríe] del carrizal, y que le echa lumbre alrededor del carrizo; pero como el carrizo, cuando le echan lumbre, truena el carrizo, dicen que decía [...] el coyote:

– ¡No pues ya vienen!, decía.

Porque estaba tronando el carrizo que se estaba quemando. Y entonces, este... y él apurado ahí, dice, este [...], arreglando la [...] comida para que llegaran los compadres del conejo a comer. Cuando se dio cuenta, ya estaba rodeado de lumbre [Risas].

Entonces se salió del carrizal, pero ya la cola la llevaba quemándose. Ya después dicen que se fue y ya tarde, cuando ya encontró al conejo, el conejo se reía; le dice:

— ¡Ora, compadre culo quemado! [risas]

Por eso es acá el cuento de “El compadre culo quemado”.

### La chula fea

Sr. René: Aparte es otro que dice que, este... que este era un rey. Y le dijo, este, le dijo, este, a su papá: anda búscate tu novia, le dijo. Le dio dinero y fue a buscar a su novia y fue busque y busque, busque, busque, ¿no?, a su novia: hasta que halló otra príncipe, el rey. Se halló otra príncipe. Bueno, ahí la lleva, pues, y entonces, pues... pero su mamá y su papá ahí los iban alcanzando, pero como era príncipe también, entonces tenía, este, tenía... ¿cómo se llama?: poder, ¿no? Cuando ya apenas [los] iban alcanzado su mamá y su papá, este... botaba el peine, la muchacha, pues, para que [...] no los alcanzaran. Iban los dos novios corriendo, pues. Y entonces, este... botó el peine y [se] volvió una montaña. [...] Se volvió una montaña, pues, y ya su papá, su mamá ¡ni por dónde!, pues ya era montaña, ¿no? Ya no... agarraban la vereda, bueno iba corriendo. Y ya...ya no lo alcanzó su papá y su mamá. De repente, iban corre, corre y corre ahí, para alcanzarlos ya de vuelta el papá y la mamá a la príncipe. Entonces y que saca el espejo la muchacha, la príncipe, ¡y que lo bota!: se volvió una laguna de agua. Entonces, bueno, ahí van, ahí van. Ya no... ya no los pudieron alcanzar los papás, ya no los alcanzaron. Al llegar a la casa, le dijo:

— Mira, le dijo (el novio le dijo a su novia), aquí me esperas, le dijo, voy avisarle [a] mi papá, le dijo, para que con música te venimos a traer, le dijo.

— ¡Sale!, le dijo [...] la príncipe.

Llegó a la casa de su papá y todo, cuando, este, que buscara la música, ¡bueno, ya estaba la fiesta, pues! Y, este, y va, este [...],

la muchacha estaba en un árbol así,<sup>10</sup> y se sube; y entonces viene la... viene la chula fea, pues. Entonces [...]. Viene la chula fea, entonces la príncipe estaba en un árbol [...]. Y, entonces, y un pozo de agua estaba así.<sup>11</sup> Pero como se miraba de la cara de la reina hacia el pozo, y va la chula fea, y que se le fija así, ¿no?,<sup>12</sup> pues se le miraba la cara de la reina, ¿no?; no miraba la cara de ella, [sino] la cara de la reina. Entonces decía:

— ¿Cómo dicen que estoy tan fea y estoy tan chula?

Pero la cara de la reina [risas] se miraba en el agua. Pero ella decía:

— ¿Cómo dicen que estoy tan fea y estoy tan chula?

Y eso le dio risa a la esta... a la reina, ¿no?, y que le dice:

— ¿Y qué cosa estás haciendo ahí?

Le dijo la chula fea a la reina. Le dijo, este:

— Aquí estoy esperando a mi novio, le dijo.

— ¿A poco?,<sup>13</sup> le dijo.

— Sí, le dijo, aquí estoy esperando a mi novio.

— ¡Ah!, le dijo.

Pero la chula fea no encontraba novio; entonces le dijo:

— ¡Bájate!, le dijo, este, ¡te voy a buscar un piojo!, le dijo.

Se bajo la reina y le bus..., este, y le clava un alfiler, algo así, ¿no?, y se volvió palomita la reina. Entonces y que agarra la chula la fea y se sube al árbol, a donde estaba la reina, ¿no?; y la palomita se desapareció, ¿no? Entonces llega la música... la fiesta, pues, para venir a traer a la reina, ¿no? Entonces llegando ahí, este, a donde había dejado el muchacho a su novia, a la reina, pues (era el rey y la reina). Entonces dice, este, su papá:

— ¡Oyes!, le dijo a su hijo, ¿esta novia te [...] buscaste?

— ¡No, papá!, le dijo, era otra.

— ¡No!, dice, aquí está ésta, le dijo, su papá.

— ¡No, papá!, le dijo. Era otra, le dijo.

<sup>10</sup> Señala el tamaño del árbol.

<sup>11</sup> Dibuja un círculo hacia abajo para señalar la silueta del agua en el pozo.

<sup>12</sup> Hace un gesto que muestra cómo se asomó el personaje para ver el reflejo en el agua.

<sup>13</sup> ¿En serio?

Y la chula fea pues quería [...] casarse con el rey, ¿no? Entonces cuando, este, le dijo su papá, entonces:

– Para que... ahora sí, le dijo, para que aprendas, le dijo, pues te tienes que casar con ella, le dijo.

– ¡No, papá!, le dijo. Yo me fui a traer una reina, le dijo. ¿Cómo?, que ésta no es [...]. La reina.

– ¡No!, Para que aprendas, le dijo; pues aquí encontramos ésta, ésta nos llevamos, le dijo.

Ahí van, pues. Pero el muchacho no iba a gusto. Y estaba ya la mesa, estaban como... en la mesa, pues; tomándose su tequila y todo. Y llegaba la palomita, pero tenía el alfiler aquí en la cabeza. Entonces, la palomita era la reina. Y entonces le decía a su novio, apenas hablaba... [difícilmente se] le entendía, pues:

– ¿Te acuerdas, le decía, cuando, este, me iban a alcanzar, este, mi papá y boté el peine?<sup>14</sup>

Apenas se entendía, pues, que decía la palomita.

– ¿Y te acuerdas (decía la reina, pero era palomita ya) cuando boté el espejo y se volvió una laguna de agua?

Entonces dijo el novio:

– Oiga papá, póngale cuidado<sup>15</sup> a esa palomita [para saber] qué dice.

Entonces le ponía cuidado.

– Dilo de vuelta, le dice.

Empezó de vuelta a decir la palomita. Entonces dijo el muchacho, el novio:

– ¡Agarren esa palomita!, le dijo.

Y que agarraron la palomita. Pues, este, aquí tenía el alfiler en la cabeza.<sup>16</sup> Le sacaron el alfiler, se volvió una reina luego [ríe]. Ese es “El cuento de la chula fea”.

---

<sup>14</sup> Cambia el tono de su voz por uno muy tenue cuando emite el discurso de la princesa transformada en paloma.

<sup>15</sup> Atención.

<sup>16</sup> Señala su cabeza.

### [El árbol torcido]

Sr. René: Nos platicó papá cuando, este, sería [...] cuento o sería verdad, ¡quién sabe!, cuando, este, dice que, una mamá mucho quería a su hijo, dice; mucho lo quería, dice: no lo mandaba ni nada, dice, porque lo quería mucho, dice. Esta señora tuvo dos hijos, a una mujer y a un hombre, pero al hombre lo quería mucho, dice: no lo regañaba ni nada; iba creciendo, iba haciendo... y no lo regañaba. Hasta que una vez lo regañó, su mamá a su hijo; entonces ya estaba grande el muchacho. Cuando, este, dice el muchacho:

— ¡Oiga mamá!

Le dijo, porque lo regañó, la mamá a su hijo. Y dice luego el hijo:

— Oiga mamá: vamos al cerro a traer leña, le dijo.

— ¡Vamos! (dice luego la señora).

Se fueron a traer leña y estaba un árbol medio chueco, ¿no? Y ya estaba grande el árbol. Y le dijo el muchacho a su mamá, le dijo:

— ¡Oiga mamá, le dijo, enderece usted este árbol!, le dijo.

— ¡Ay, mi hijo!, le dijo, ¿cómo voy a enderezarlo, le dijo, si ya el árbol está grande?, le dijo.

— ¡Enderécelo, le digo, si no, se la va a llevar la fregada!, le dijo.

Su mamá no lo creía. Y entonces...

Sra. Isabel: Él le decía, porque la señora quería, este, educarlo a él y él ya estaba grande. [...] No lo educó de chiquito; entonces ya educarlos, ya grandes los a niños, ya es muy difícil. [...] Porque un niño, cuando está chiquito, y si no lo va educando [...] bien —o que lo obedezca—, ya cuando está grande, menos te obedece. Entonces la señora quiso educarlo, pero ya el muchacho estaba grande. Por eso cuando [...] la llevó a donde estaba el árbol, le dijo:

— Así como me quiere usted enderezar a mí, le dijo, así enderece usted al árbol ahorita, pues ya el árbol, le dijo, ya está grande; entonces, yo también estoy grande ya no...

Sr. René: Entonces le pidió:

— ¡Enderécelo!, le dijo.

Y la señora, pues quería enderezar al árbol. Le dijo:

— Mire: aquí este árbol, le dijo, si le hubieran puesto un puntal, le dijo, desde que estaba tierno, se hubiera ido derechito, le dijo. Así yo, le dijo: me hubiera usted, desde chamaco, me hubiera usted enderezado, ahorita yo obedecería, le dijo; pero como no me enderezó usted, no me educó usted, ahora la voy a matar, le dijo. Y que la mata. Y que le saca la asadura,<sup>17</sup> a su mamá. ¡Bueno! Y llegó a donde estaba su hermana. Y le dice su hermana:

— ¿Dónde está mamá?

Le dijo a su hermano.

— ¡Por ahí viene!, le dijo.

Pero, pues la asadura... entonces llega el muchacho y le dice su hermana,

— ¡Hazme esta asadura!, le dijo, porque nos la vamos a comer, le dijo.

Y agarra la muchacha, y al tiempo de que le iba a corta a la asadura, le hablaba la asadura, le decía:

— ¡No me cortes, hija, le decía, porque soy tu madre!

Se asustaba la muchacha, ¿no? Entonces, de vuelta otra, quería rebanar la asadura; le dijo entonces, y la asadura le hablaba:

— ¡No me cortes, hija, le decía, porque soy tu madre!

Hablaba la asadura. Entonces, este, se asustó, ¿no? Entonces le dijo, este... al... fue a ver al padre:<sup>18</sup>

— ¡Oiga padre, le dijo, fíjese que mi hermano se llevó a mi mamá al cerro, le dijo, y no regresó, le dijo, mi mamá; nomás que regresó con una asadura, le dijo, pero la asadura habla, dice. Fíjese que yo la quiero cortar para cocerla y la asadura dice que yo no la corte, porque es mi mamá.

Allí fue el padre otra vuelta [...] con la muchacha, ¿no?, y le dijo:

— A ver, córtala, le dijo, otra vuelta: quiero ver.

<sup>17</sup> Las vísceras.

<sup>18</sup> El sacerdote.

Y que la empieza, otra vuelta, a quererla cortar: lo mismo decía la asadura:

– ¡No me cortes, hija, porque soy tu madre!, le dijo.

Entonces manda, este, mandaron a traer al muchacho; el padre le dijo:

– Oye, este, ¿y tu mamá?, le dijo.

– ¡En verdad, la maté!, le dijo.

– ¡Ay, hijo!, le dijo, ¿para qué hiciste eso?

– ¡Pues me quiso enderezar!, le dijo, que, este... ya estoy grande, le dijo: "cuando estaba yo chamaco, me hubiera enderezado; ahorita ya no", le dijo. La llevé... a un... allí a un árbol que lo enderezara, le dijo, "y ese árbol ya está grande", le dijo, "y así estoy yo: ya grande", le dijo. "Ya no me puedo enderezar", por eso la maté, le dijo.

Bueno, entonces lo quemaron al muchacho, pero sí fue en una plaza pública, para que hubiera este ejemplo que no [...] De no matar a la mamá. Y pues hasta ahí nada más me lo sé. Ese será cuento o será... ¿será qué?... como ejemplo [...] Como ejemplo puede ser, pero así nos lo contaron a nosotros.

### [La señora y el joven]

Sr. René: Dice, mi jefe nos platicó de ese cuento, que dice que [...] un muchacho, o sea, una señora grande le rogaba a un muchacho: que se casaran, pues. La señora ya estaba grande; el muchacho estaba más tierno, ¿no? Y le rogaba la señora al muchacho: que se casaran. Y no, [...] no quería el muchacho, pues. Qué había de querer: la señora era grande, ¿no? Cuando, después, el muchacho le dijo:

– ¡Sí, me caso con usted!, le dijo, pero se va usted a bañar, le dijo, pero se va usted a terminar un jabón: duro, duro le va usted a estar refregando, le dijo. Ya terminado, si se termina usted el jabón, entonces me caso con usted.

¡No... la mujer contesta!, ¿no?, dijo:

– ¡Ahora sí: cómo que no voy acabarme el jabón!, dice.

Pues eso era fácil, dijo, ¿no?

Y pues duro y duro estaba refriegue y refriegue y refriegue. Y pues tanto frío hacía: *titiki titiki* se hacia el cuero,<sup>19</sup> pues, su... ¿cómo se llama?, su [...] cuerpo; y le decía:

— ¡Ay cuero viejo!, le decía, ahora estás y *titiki y titiki*, le decía, y mañana estás *tatanga tatanga*,<sup>20</sup> le decía.

Pues sí: como ya iba a ser, este, al otro día, iba a ser la boda...

Sra. Antonieta. ¡Ah! Y con el frío...

Sr. René. Ajá. ¡Ah! y ¿qué?: si al otro día se murió [Risas]. [...] Se murió, por lo que... pues tanto [...] le dio el resfriado.

### [Los niños]

Sra. Isabel. Eran tres niñitos, que no los querían sus papás, y luego los iban a echar a perder al [...] cerro; pero cuando se iba, cuando se iban (dice que era una muchachita y dos hombrecitos, creo), pero cuando se iban, este, les decía su papá:

— Vámonos, porque vamos a juntar leña.

Y se los llevaba... Ese no me lo sé yo muy bien desde el principio. [...] Y luego se iban a... a juntar leña, pero la niñita, dice que una vez se agarró una...

Sr. René. ¿La que iba atrás?

Sra. Isabel. Ajá, que iba atrás. Dice que su papá iba adelante y los otros hermanitos iban atrás de su papá y ella era la última que se iba... Pero la primera<sup>21</sup> que agarró una redomita<sup>22</sup> de semillas, y ahí iba, dice, y todo donde iban caminando, ella iba tirando la semilla [...] Si los dejaba su papá por ahí... Y ya, este... dice, les decía su papá:

— Aquí espérenme y luego regreso.

<sup>19</sup> La señora titiritaba.

<sup>20</sup> Onomatopeya del sonido de la música de la boda.

<sup>21</sup> Se refiere a la primera salida.

<sup>22</sup> Cesto pequeño hecho de carrizo.

Y se iba, pero porque no los quería; los quería echar a perder en el cerro. Ya luego la niñita decía, dice:

– No, dice, ya nos dejó papá; pues ahora nos vamos.

Y se seguía el caminito de la semilla [...]; se las llevaba y volvía a llegar a la casa. Cuando llegaba a la casa, le decía el señor a su señora:

– Mira, ya llegaron los muchitos.<sup>23</sup>

Y ya..., no los querían, pues...

– Mañana sí me los voy a llevar, dice; me los llevo al cerro y ahí los voy a dejar.

Y ya se los llevaba para otro lugar; pero la niñita pensaba: la otra vez y que se lleve [*sic*] una... una redoma de ceniza. Y ahí iba tirando la ceniza: todo donde iba, iba tirando la ceniza. Ya cuando ya los dejaba su papá otra vez por ahí, decía:

– Vamos siguiendo la ceniza.

Y ya luego llegaban a la casa. A la otra vez, se llevó creo que una canasta de manzanitas. [...] y se las llevó. Y ya cuando llegó al cerro y [ríe]... ya cuando quisieron regresar, dice que las... ¿qué?... los animales se las había comido las...

Sr. René. ¡No! La que iba atrás se iba come y come...

Sra. Isabel. ¡Ah... sí!: entonces iba uno... uno de los hermanitos atrás [...]. Y ella iba tirando las manzanitas y el otro se las iba comiendo. Por eso ya no pudieron regresar. [...] Ya cuando re... cuando... ya entonces ya se quedaron en el cerro, ya no pudieron regresar. Y entonces, dice, que eran tres hermanitos. Pero yo me sabía lo nombres de los tres, pero ya se me olvidó. [...] Y este, y dice que se quedaron en el cerro, pues ya no pudieron regresar a su casa. Y entonces se quedaron en el cerro y se fueron caminando y llegaron a una casa de una bruja. Porque vieron una luz lejos y se fueron a esa casa de esa bruja; y ahí, este, en esa casa de esa bruja, ahí estaban y ahí los tenía. Y la bruja le decía, dice, este:

– Aquí me hacen de comer, dice, voy y regreso.

---

<sup>23</sup> Los niños.

Y ellos dicen que decían, dice:

— ¡Vamos a hacerle de comer a la bruja!

Y empezaban a hacer de comer. Pero ya cuando (...) Llegaba la bruja, dice, que agarraba el... quería matarlos para comérselos. Pero uno de los niñitos oía lo que decía la bruja y les dice a sus hermanitos:

— No vayan a atizar el fogón, dice, porque si van a atizar ahí, dice, ahí los va a meter entre la cazuela para que se, este, se los coma.

Y así no ganaba la bruja a matarlos. Hasta que por fin creo... después, dice, que dijeron ellos a la bruja:

— ¿Por qué no te pones a atizar allí?

Entonces va la bruja a atizar, dice: pues entre los tres agarraron y empujaron a la bruja para dentro y la echaron ahí en [...] la lumbre. Y de ahí dicen que brotó tres gotas ¿de qué? Tres gotas de sangre, algo así. Y ya de ahí... Ya de ahí no me acuerdo como va, pero... Ese cuento es muy largo.

Pero sí: los niños mataron a la bruja, porque la bruja se los quería comer a ellos, pero no se los ganó comer; ellos mejor la mataron a ella. [...] Dicen [...] que de la sangre de la bruja, del cuerpo de la bruja, pues, brotaron unas gotas de sangre y que de ahí se hicieron tres perritos, creo, y de esos tres perritos le pusieron sus nombres también, los mmm... los niños, pues. Y ya después dicen que así andaban cuando ya los mmm... la muchacha ya creció y tenía su novio. Y los mmm... y los muchachos no querían que... que la muchacha se casara. Entonces mandaban a los perros a cuidarle la casa de la muchacha. Y, este, y dicen que los perros abrían la casa para que se saliera la muchacha [ríe] y a verse con su novio. Y, este, pero al final ya no me acuerdo cómo sigue lo demás. Sí me lo sabía; es muy largo ese cuento.

### [El hombre y el león]

Sr. René. Nomás que este es un... será cuento, será chiste... mi papá nos platicaba que el hombre es muy astuto: le gana al... al

elefante o al león; al león, creo, le gana. Porque, este, dice que el hombre estaba, dice, rajando leña y llega el león y le dijo:

– ¿Qué estás haciendo?, le dijo, porque te voy a comer.

Le dijo el león al hombre.

– ¿Cómo me vas a comer?, le dijo el hombre, si estoy rajando leña, le dijo, este, porque ya va ser mi cumpleaños, le dijo, y para eso estoy rajando la leña.

– ¿A poco?, le dijo.

– ¡Y hasta te invito!

Le dijo el hombre al león.

– ¡Órale, pues!, le dijo.

– Te invito, le dijo, y ayúdame a rajar la leña, le dijo.

Y entonces:

– ¡Órale pues!, dice el león.

– Órale, pues, dice, mira...

Mete el hombre un hachazo al tronco, ¿no?, y le dijo el hombre al león:

– Mete tu mano aquí, le dijo, para que me ayudes a abrir el tronco, le dijo, mientras saco el hacha, le dijo, y le meto más adentro.

Va el león y que mete la mano y que saca el hacha ¡Ah!, y ¿cómo hacia el león y la mano [...] se había quedado en el horc[ón]?... ahí, pues, como el... así pues.<sup>24</sup> Agarra el hombre y que se pela [risas]: ya no se lo comió el león. Es un cuento muy cortito, pero es, el hombre le ganó al león; le gana, pues, tiene mucha inteligencia: ¿cómo le metió la mano... dijo que metiera la mano para que ahí nomás se quedara atorado?

## El de los topos

Sra. Isabel. Le dicen "El de los topos", porque los topos hicieron una apuesta. Se ponían uno así y otro así: el topo y la ardilla.<sup>25</sup> Entonces le dijo a la ardilla el topo:

<sup>24</sup> Con movimiento de sus manos, señala que la pata del león había quedado prensada en el tronco.

<sup>25</sup> Los animales se veían de frente.

— ¡Vamos una carrera!

— ¡Vamos!, le dijo la ardilla.

Pero le dijo:

— Tú, bajo [...] la tierra.

Como el topo camina entre la tierra y la ardilla, arriba. Entonces le dijo:

— Vamos una carrera de aquí a allá adonde está ese árbol, le dijo.

Entonces le dijo:

— Tú, vas por la tierra, le dijo la ardilla al topo, y yo arriba; a ver quién llega primero hasta donde está ese árbol.

— Sí, le dijo.

Se metió el topo y que se va la ardilla, cuando [...] ya iba a llegar la ardilla a donde estaba el árbol que dijeron, ya salía el topo allá. Decía:

— ¡Te gané!, le dijo, yo llegué primero.

Decía:

— ¡No puede ser!, dice, ¿cómo vas a ganar tú y vienes entre la tierra y yo vengo arriba? Entonces le dijo:

— ¿Vamos otra?

— ¡Vamos!, le dijo.

Se metía el topo y la ardilla corría, ¿no? Apenas iba... le falta para llegar adonde estaba el árbol y ya salía el topo arriba. Decía:

— Pues no puede ser, ¿por qué será que me gana?

Y un este... ¿Cómo se llama?, este, de esos tecolotes o ¿cómo le dicen?, este: búho [...]. Búhos, ajá: estaba en el árbol; entonces estaba viendo la carrera que hacían, pues. Entonces y que le dijo, le dijo la ardilla otra vuelta al topo:

— ¿Vamos otra? Pero ahora si te voy a ganar.

— ¡Sale!, dice.

[...] Y que se mete el topo entre la tierra y que se va la ardilla. Igual: salió el topo allá y la ardilla no llegaba. Entonces le dice el Búho ahí:

— ¡Ay, qué tonta eres!, le dice a la ardilla. ¡Son dos topos!, le dice: uno está allá y otra está aquí [risas].

¿Pues cuándo le iba a ganar?: si un topo se metía aquí y el otro ya salía allá. Pero el... este búho nomás estaba mirando, le dijo:

— ¡Ay, que tonta eres!, le dice a la ardilla: si son dos topos, le dice, uno se mete allá y entonces el otro se mete aquí: nunca le ganabas.